

Introducción

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Eugenio Trías

Una de las características de la filosofía del siglo xx consiste en la crítica radical a la que se somete, desde todo el espectro de posiciones y corrientes, a lo que tradicionalmente se ha entendido por *metafísica*; hasta el punto de que ésta ha terminado por ser el «chivo expiatorio» de las más variadas formas y tendencias de la filosofía contemporánea. La crítica a la metafísica caracterizó, en su día, al positivismo lógico vienés, y al propio inspirador de la corriente, el Wittgenstein de su primera época, o del *Tractatus*; pero también desde la fenomenología y desde la filosofía de la existencia se advierte una toma radical de distancias con la metafísica, cosa especialmente visible en *Ser y tiempo* de Heidegger, por no hablar de su obra posterior, en la cual se llevará a cabo una «historia de la metafísica» (entendida ésta como «olvido del ser»).

En las diferentes tendencias del marxismo, por su parte, la crítica de la metafísica prácticamente se confunde con la crítica de las ideologías (y con el idealismo como paradigma filosófico de todas ellas). Y lo mismo debe decirse en orientaciones inspiradas directa o remotamente en el marxismo, como las que se elaboran en el marco de la teoría crítica, o de la sociología y crítica de la cultura de la Escuela de Francfort, desde Adorno, Horckheimer y Bloch hasta Habermas.

Y la misma crítica radical respecto a la metafísica podemos advertir en las corrientes más recientes de la postguerra, como en el estructuralismo o el post-estructuralismo, en el cual se asumen sobre todo las actitudes y posiciones del primer gran crítico de la metafísica de la filosofía occidental, Nietzsche, para proseguir su tarea genealógica y crítica en relación al componente «logo-céntrico» de esa orientación, o en referencia a la prosapia «post-platónica» que el pen-

samiento occidental genera. Así, por ejemplo, en las filosofías de Foucault, Deleuze o Derrida. Pero igualmente las inclinaciones hermenéuticas de la filosofía se caracterizan por elaborar un discurso «post-metafísico», por no hablar de las distintas tendencias de la filosofía analítica o de la filosofía de la ciencia (por ejemplo, Karl Popper).

Marcar distancias con la metafísica, o introducir un «criterio de demarcación» entre ciencia y metafísica (Popper), o entre enunciados con significación y «lenguaje en vacaciones» (Wittgenstein) constituye una de las características más marcadas de la filosofía que ha ido produciéndose a lo largo del pasado siglo.

Y, sin embargo, subsiste siempre la profunda sensación de que esa crítica de la metafísica, que en cada caso adquiere un sentido y una tonalidad particular propia, no es obstáculo para que los más destacados filósofos del siglo xx, o los que realmente merecen de verdad el nombre de auténticos filósofos (Wittgenstein, Heidegger, por citar quizás a dos de los que pueden generar mayor consenso), no puedan evitar que las grandes cuestiones que asociamos a un cabal entendimiento de lo que la filosofía significa se nos presenten, desde Aristóteles a Hegel, o desde el Platón del *Sofista* hasta el propio Nietzsche, como *cuestiones metafísicas*.

Con ello podríamos, sobre todo, referirnos a las preguntas que, al decir de Kant, trazan el espacio mismo de la filosofía, entendida ésta en sentido radical (en ese sentido que Aristóteles llamaba «filosofía primera»): «¿Qué podemos conocer? ¿Qué debemos hacer? ¿Qué tenemos derecho a esperar? ¿Qué es el hombre?».

O bien, por seguir citando al Kant crítico, especialmente al Kant de la «dialéctica trascendental», las grandes interrogaciones, abiertas a reflexión y pensamiento, por mucho que no puedan ser resueltas en forma de conocimiento *científico*, o en modalidad *epistémica*: las cuestiones relativas a las tres «ideas-problema» que traza Kant en su primera crítica, la Idea cosmológica, la Idea psicológica (referida a nuestra condición) y la Idea teológica (u onto-teo-lógica, para decirlo en la propia terminología kantiana, heredada de Leibniz).

Esas cuestiones están lejos de haberse liquidado, o de hallarse en estatuto de extinción. Por el contrario, desde los más distintos enfoques filosóficos se reproducen de forma espontánea, de manera que mantienen vigente y viva la antorcha iluminada de la filosofía concebida de forma estricta, como reflexión radical relativa todo aquello que, lindando con lo que nos trasciende en nuestras capacidades de comprensión, sitúa la aventura del pensamiento bajo la presión de sus más incitantes retos. Y en este sentido debe decirse que la filosofía mantiene abiertas estas *cuestiones metafísicas*, sólo que coloreadas

por la peculiaridad histórica del mundo contemporáneo, o del mundo «tal como nos lo hemos encontrado» (para decirlo en paráfrasis de un célebre dicho de Wittgenstein).

Pero esas cuestiones, que ya preocuparon a los presocráticos griegos y a los clásicos post-socráticos (Platón, Aristóteles, los estoicos, Plotino), y que se recrean en toda la filosofía de la Modernidad, de Descartes a Spinoza, o de Leibniz a Kant, o de éste a Hegel y a Schelling, vuelven a ser apremiantes también en los discursos del ya pasado siglo XX, tanto aquellos que en cierto modo culminan y sintetizan las tradiciones de la Ilustración y de la Modernidad, como aquellos que en cierto modo ponen éstas en crisis, o en su punto crítico, mostrando el modo de traspasarlas hacia horizontes nuevos o diferentes.

Por toda esta suma de razones hemos decidido llamar a este volumen *Cuestiones metafísicas* en lugar de abundar en el tópico de concebir la metafísica tan sólo como aquel carácter pretérito o prescindible de la filosofía que esté marcado por la obsolescencia, o por su naturaleza de tradición periclitada. Más bien nos parece que la metafísica resucita, cual Ave Fénix, si se la concibe como un haz de cuestiones abiertas que son congeniales con el propio cultivo y curso de la reflexión filosófica, a la manera de interrogaciones radicales que pueden dar lugar a posibles y tentativas resoluciones o respuestas, o a proposiciones con carácter ensayístico que den cauce y orientación a lo que esas preguntas *muestran*.

Quiénes participan en este volumen asumen, a su modo y manera, esta percepción y esta toma de conciencia: no comulgan con los modos «metafísicos» que con mayor o menor certeza y tino han sido criticados y denunciados por las corrientes más vitales de la filosofía del siglo pasado (la filosofía de la existencia, la filosofía analítica, el post-estructuralismo), pero mantienen vivas, en sus discursos y reflexiones, las cuestiones que tradicionalmente se confundían con lo que históricamente se llamaba metafísica (desde Aristóteles a Descartes, o a Leibniz, o desde Spinoza y Kant hasta el Idealismo alemán), y que forman quizás la sustancia misma de las preguntas, relativas a los más reconocidos enigmas, en que la filosofía se materializa y encarna.

Ésta es la razón del título que hemos decidido conceder a este volumen, en el cual queda claramente expresado que lo que puede entenderse hoy por metafísica (en el contexto de esta transición hacia uno nuevo siglo y milenio) es, sobre todo, un entrelazamiento de cuestiones de carácter primero y último que afectan a los enigmas relativos a nuestra propia condición, al orden o desorden del mundo en que vivimos, al sustento nutricional, o físico, o biológico, de ese mundo,

y al azar o designio que puede reflexivamente pensarse en relación a un posible primer principio, sea éste personal o impersonal, immanente o trascendente, material o espiritual, azaroso o inteligente.

Los grandes temas de la filosofía, que se confunden con las grandes *cuestiones metafísicas*, nos sitúan abruptamente ante esas preguntas radicales que de forma fortuita o puntual todo ser humano se plantea alguna vez en la vida, y que es tarea, misión y vocación de la filosofía concretar, clarificar, o disponer del modo más adecuado con el fin de que podamos orientarnos en relación a ellas.

Importan, desde luego, esas preguntas, y también el examen de los recorridos, o los métodos, mediante los cuales se ha intentado, especialmente en el contexto moderno y postmoderno, encontrarse con ellas, de manera que puedan ser examinadas críticamente las tendencias filosóficas que arbitran sus peculiares modos y maneras para afrontarlas: así las corrientes analíticas, las existenciales, las hermenéuticas, las marxistas, las estructuralistas, las post-estructuralistas, las post-marxistas. Por eso en este volumen se atienden a estas cuestiones (cosmológicas, teológicas, antropológicas), pero también al examen crítico de las tendencias mediante las cuales las diferentes filosofías se han orientado, en el siglo que acaba de concluir, en relación a estas *cuestiones metafísicas*.

Y entre esas cuestiones hay, por cierto, algunas de carácter específico, pero de relevancia mayor, como es la elaboración de un concepto en relación al tiempo y a la temporalidad, o a lo que podemos concebir aun por historia e historicidad, como también la gran cuestión relativa a nuestra irresuelta e in-definible condición, sobre la cual urge preguntar respecto a sus aspectos más oscuros y temibles, donde el discurso filosófico se inclina hacia las cuestiones de ética, de estética, o de filosofía de la religión, o de reflexión sobre los distintos componentes que en nuestra condición humana se concretan y se vuelven problemáticos; lo cual conjura de nuevo cuestiones que son metafísicas, aun cuando comparezcan ante todo como grandes cuestiones de ética, de estética, de filosofía de la religión, de filosofía del lenguaje o de teoría de la ciencia, o de gnoseología y epistemología.

Pero no para urdir, a partir de ello, una suerte de entramado *sistemático* del orden y carácter del que realizaron y llevaron a su máxima expresión nuestros antepasados idealistas, en especial los filósofos del Idealismo alemán, Fichte, Schelling, Hegel, sino más bien para tratar de manera interrogativa y «dialéctica» (en el sentido antiguo del término; o quizás en el que recupera Kant en su primera crítica), de manera que esas cuestiones sean pensadas de modo crítico, o de forma tal que azucen y espoleen nuestra ansia y deseo de conocer, que

eso es lo propio de la filosofía, tanto en relación a la etimología que encarna como al desarrollo de su tarea y vocación.

Y es que en la filosofía hay una clara imantación *erótica* hacia esas grandes cuestiones que nos rebasan, pero que se plantan ante nuestras inteligencias a modo de columnas de Hércules. En torno a ellas, girando alrededor de las mismas, halla quizás la filosofía su razón de ser: dando vueltas a esas *cuestiones metafísicas* sin las cuales la filosofía arruina su dedicación y traiciona la misión que de ella, todavía, se aguarda.

¿Podemos traspasar esas columnas, en donde leemos el célebre *Nec plus ultra*? Quizás lo propio de la filosofía consiste en merodear en torno a esos enigmas y aporías que en esos ámbitos altamente problemáticos espontáneamente fructifican y crecen. De hecho lo propio de la filosofía ha consistido, en sus mejores momentos, o en sus más brillantes expresiones, en no arredrarse ante esas dificultades, pero sabiendo siempre que no es posible, a modo de Ícaro, ahorrarse el penoso recorrido del laberinto del conocimiento mediante la disposición de un artefacto que, caso de no arbitrarse y usarse con las debidas precauciones, ocasiona una inevitable caída, o un derrumbamiento en la banalidad, en el absurdo, o en la muerte ocasionada por la impremeditación o por la temeridad.

Ni demasiado prudentes ni excesivamente audaces, los argonautas del conocimiento, hoy como ayer, deben orientarse e imantarse hacia esas grandes cuestiones, las *cuestiones metafísicas*, que son siempre aquellas que nos azuzan y espolean, relativas a lo más problemático de nuestra condición, del *ethos* que puede orientarla, o en el cual puede acomodar esa condición que *somos* su *hábitat* y territorio; o bien las cuestiones referentes al enigma de la naturaleza y del mundo en el que, de forma asombrosa y asombrada, nos encontramos existiendo; o bien todo lo relativo al mayor de los enigmas: el que nuestra propia condición suscita, con su carácter limitado, finito, contingente. Y desde luego también la cuestión relativa al sentido y al sinsentido, o a la razón y la sinrazón: a ese cúmulo de dualidades algo escarpadas que nos exigen territorios de reflexión y mediación en donde alojar nuestra aventura de vida; y en donde orientarnos en la aventura (filosófica) de pensamiento y conocimiento.

Y en este sentido podría decirse, quizás, que si algo admite la vieja, vetusta expresión de *philosophia perennis* no es, desde luego, nada relativo a un *corpus* doctrinal que pudiésemos reconocer en tal o cual tradición histórica del pensamiento filosófico. Más bien tendría que ver con estas abiertas cuestiones, las *cuestiones metafísicas*, que en cierto modo mantienen su vigencia desde los presocráticos y

post-socráticos griegos hasta nuestros tiempos post-ilustrados y post-modernos.

Y ese carácter de pregunta abierta, o de cuestión que se plantea, sería quizás lo que mantendría su carácter *crítico*. De manera que la tradicional *crítica a la metafísica* característica del siglo pasado, o siglo XX, pudiera girarse en un sentido más kantiano del término: crítica *de* la metafísica, o *de* la razón metafísica, significaría algo más radical y relevante que la expeditiva eliminación y expulsión, previa exclusión, del territorio «demarcado» (como «metafísico»); sería más bien un esclarecimiento de las *condiciones de posibilidad* que la inteligencia, a través de sus propias formas de expresión, posee con el fin expreso de orientarse hacia esas *cuestiones* que, como bien sabía Kant, se nos imponen lo queramos o no lo queramos (por mucho que no podamos disponer de medios o de métodos para resolverlas, o para acotarlas en forma de territorio colonizado por el saber, la ciencia o la *epistème*).

Cuestiones que exigen ser tomadas en consideración, pues sin ellas nuestra inteligencia, o nuestra razón, no alcanza su propia satisfacción, por mucho que en esa tentativa de reflexión se advierta, también, la indigencia o penuria que es propia de una inteligencia, la nuestra, marcada por la finitud, la contingencia y la limitación. Pero también espoleada por lo que mejor caracteriza la mayor ambición y valor de nuestro espíritu: su inextinguible *curiosidad* (como afirmaba Adrian Leverkühn en la célebre novela de Thomas Mann *Doctor Faustus*).